Ante la escasez de combustibles fósiles



En contra de lo que suelen afirmar los medios de comunicación, el espectro de la escasez de energía no es nada nuevo. Durante dos siglos, los discursos sobre la escasez y el miedo al declive han acompañado el desarrollo de las sociedades industriales, como nos recuerdan los debates que marcaron el surgimiento de la primera economía fósil del mundo en el siglo XIX. Decir adiós a los fósiles significa abandonar este sistema técnico y social y el imaginario de poder que lo justifica.

El bloqueo de Rusia tras el estallido de su inicua guerra contra Ucrania ha puesto en evidencia la fragilidad de la Unión Europea y la ausencia de una política energética digna de ese nombre: el petróleo y el gas se han convertido en armas estratégicas para los rusos, que no se privan de utilizar, amenazando a los territorios europeos con graves carencias. Los precios se han disparado, especialmente en los surtidores, lo que ha llevado a los gobiernos a pagar subvenciones para limitar el impacto. En general, para contrarrestar las dificultades previstas, se multiplican las respuestas: Se busca la diversificación de los suministros de gas y petróleo, lo que supone el regreso de Arabia Saudí a la escena internacional; en Francia se propone reabrir las centrales eléctricas de carbón que están en proceso de abandono, para compensar temporalmente la caída de la producción de electricidad; La energía nuclear gana en popularidad, ya que parece prometer escapar al chantaje de los países hostiles en el futuro; por último, se incentiva –incluyendo a las propias compañías petroleras, es decir– una cierta sobriedad energética, pidiendo a los ciudadanos que actúen con responsabilidad y limiten su consumo.

Por supuesto, no hay escasez de energía a nivel mundial: es la distribución desigual de los recursos, en este caso de los combustibles fósiles, lo que plantea un problema, tanto a nivel internacional –con el poder indebido que da a ciertos Estados– como a nivel nacional, ya que algunas personas sufren obviamente más que otras estos aumentos de precio y las posibles restricciones.

Que se trate de la escasez local, como en este momento, o del temor a una escasez más general –que ha asolado a las sociedades occidentales durante décadas, antes de que el cambio climático hiciera que estas preocupaciones pasaran a un segundo plano–, están especialmente motivadas por los combustibles fósiles, por tres razones principales.

En primer lugar, por supuesto, porque son energías de stock y no de flujo: su cantidad, aunque parezca gigantesca, es por fuerza limitada. Por razones técnicas, financieras, o simplemente porque se han agotado, sabemos desde el principio que un día se agotarán; por tanto, las sociedades organizadas sobre esta base se inscriben necesariamente en un horizonte trágico, ya que son conscientes de su carácter efímero. Son también –más que los recursos que predominaban con anterioridad– energías insertas en un mercado y en una red: el carbón, el petróleo y el gas se compran, se comercializan y se transportan; los producen, los preparan, los transportan y los venden grandes empresas a las que tienen que acudir los consumidores, con la pérdida relativa de control sobre su abastecimiento energético que conlleva. Esto dificulta aún más la respuesta a la pobreza energética en solitario.

Por último, el uso de combustibles fósiles está aumentando considerablemente nuestro consumo de energía, para bien o para mal: entre 1820 y 2000, el consumo mundial de energía se multiplicó al menos por 25. Este aumento también se distribuye de forma muy desigual según la ubicación y la clase social: el último «Informe sobre la Desigualdad Global» coordinado por Thomas Piketty estima que el 1% más rico del planeta emite tantos gases de efecto invernadero como el 50% más pobre. El apetito por la energía es enorme y, junto con la necesidad de un crecimiento continuo del PIB, aumenta constantemente.

Todas estas cuestiones surgieron en los albores de la era de los fósiles, en el Reino Unido del siglo XIX, verdadero laboratorio para reflexionar sobre las tres grandes cuestiones que surgen al abordar la cuestión de la escasez de combustibles fósiles, tanto a la luz de las dificultades actuales como de la

historia. En primer lugar, la independencia energética: ¿cómo podemos mantener nuestro suministro energético nacional durante el mayor tiempo posible? ¿Cómo podemos prever su agotamiento? La segunda cuestión concierna a la pobreza energética en sí misma: cómo hacer que los combustibles fósiles sean accesibles para todos y cómo, a nivel individual y local, se puede gestionar y superar la escasez. Por último, ¿la mejor manera de luchar contra la escasez de combustibles fósiles no es utilizar otras energías?

Agotamiento de los recursos e independencia energética

Aunque esta dimensión esté hoy un poco olvidada, las sociedades industrializadas han vivido durante mucho tiempo con el temor de una escasez a largo plazo que precipitara el declive de la civilización de la potencia emergente. Estas preocupaciones ya eran evidentes a finales del siglo XVIII, cuando el carbón empezó a penetrar en la industria británica. Las advertencias continuaron durante un siglo, hasta la Primera Guerra Mundial, recordando que los suministros eran limitados, que el coste de la explotación de los yacimientos era cada vez mayor y que el colapso del país estaba al final del camino.

No fue hasta la década de 1830 cuando estas cuestiones salieron realmente de las publicaciones especializadas para entrar en el debate público, al mismo tiempo que surgía una conciencia más general de la importancia del carbón para la vida nacional (económica y doméstica). De hecho, el carbón británico era celebrado como el «pan» de la industria, la sangre vital del país: en efecto, su calidad y bajo precio aseguraban la supremacía económica del Reino Unido en el mundo, que no hizo más que reforzarse en las décadas siguientes: la inauguración del nuevo edificio de la bolsa de carbón en Londres en 1849 brindó la oportunidad de dramatizar la primacía de esta fuente de energía en la vida de la nación. Fuera del carbón, parece que no hay salvación. Esto es una bendición a corto plazo, si se mira su potencia y se ignoran sus impactos ambientales y sanitarios; pero también es una terrible espada de Damocles, porque el ciclo de crecimiento está destinado a ser transitorio, ya que se basa en una energía agotable.

La angustia se silencia, y a veces se expresa con brutalidad, con motivo de la firma del tratado de libre comercio con Francia en 1860, que desangraría al país de su principio vital por el aumento de las exportaciones, o de las subidas de precios en 1890 o 1900 que hicieron temer que el tiempo de la abundancia había llegado a su fin. El mayor pánico se manifestó a finales de la década de 1860 y 1870. En 1865, el joven economista William Stanley Jevons publicó un exitoso panfleto, The Coal Question (La cuestión del carbón), que daba al Reino Unido sólo un siglo antes de que se presentara como inevitable el declive, provocando acalorados debates en todo el país e incluso en el Parlamento. Las predicciones más alarmistas sobre el agotamiento de los yacimientos de carbón parecieron confirmarse (erróneamente) con la mayor subida de precios del siglo en 1873, que hizo temer a algunos que había llegado la época de la escasez energética.

Una de las cuestiones, por supuesto, es la cuantificación de las reservas y la evaluación del tiempo que queda antes del colapso: estas mediciones varían considerablemente a lo largo del siglo, oscilando entre 110 y 1.695 años, suficiente para tranquilizar a los optimistas y hacer temblar a los más pesimistas. Como ha demostrado Fredrik Albritton Jonsson, todo es una cuestión de posicionamiento ideológico, entre dos posturas que aún hoy se encuentran y que defienden tanto geólogos como industriales y

políticos[1]. Por un lado, los cornucopianos, que querían creer que no podía haber límites naturales al crecimiento: según ellos, había suficiente carbón para asegurar la hegemonía británica a largo plazo (en lo que tenían razón, si el carbón había seguido siendo la base de los desarrollos futuros), y el progreso se encargaría de renovarlo o de desarrollar nuevos métodos de producción si fuera necesario; por consiguiente, no debía permitirse que ninguna restricción legislativa interfiriera en el funcionamiento del mercado, ya que ello debilitaría las posiciones británicas. Frente a ellos estaban los maltusianos, que insistían en la dimensión transitoria del régimen de los combustibles fósiles y en el imperativo, en nombre de las generaciones futuras, de gestionar lo más racionalmente posible un recurso agotable y precioso.

En el marco ideológico victoriano, conformado por el libre comercio, prevalecía la inacción. Aunque algunos grandes nombres, como Alfred Wallace, codescubridor con Darwin de la teoría de la selección natural, argumentaron que el carbón era una mercancía única para justificar la imposición de sus exportaciones (que aumentaban constantemente a finales del siglo XIX, lo que hacía temer un aumento de los precios internos y un agotamiento más rápido de los yacimientos), dicha imposición sólo se aplicó en contadas ocasiones. En general, los gobiernos no adoptan una verdadera política energética, salvo un estímulo general para luchar contra el despilfarro, tanto en la industria como en los hogares. Es cierto que el despilfarro estaba muy extendido[2] y se denunciaba con regularidad, sobre todo a partir de la década de 1860, con un efecto ciertamente escaso, aunque se estima que a partir de la segunda mitad de la década de 1870 la intensidad energética de la economía británica empezó a mejorar.

En 1905, el informe de la Comisión Real de Suministro de Carbón estimó que se podía ahorrar aproximadamente un tercio del carbón consumido[3]. A pesar de los innumerables llamamientos de científicos y reformistas sociales, así como de las exposiciones y tratados sobre cómo reducir este despilfarro, apenas hubo cambios. Antes de 1914, sólo el uso del gas, sobre todo para cocinar, consiguió limitar un poco el consumo excesivo y el despilfarro de carbón.

La Primera Guerra Mundial cambió radicalmente la situación, debido a la escasez real que amenazaba al país por la ausencia de los mineros que habían partido al frente: a pesar de los controles de precios a partir de 1915, el carbón empezó a escasear y a encarecerse, mientras que los ciudadanos acudían por centenares a los depósitos para conseguir unos cuantos sacos; los testimonios recogidos tras el conflicto dan fe del miedo constante al frío y del sufrimiento que podía causar la ausencia de carbón. La situación era tan tensa que cuando la guerra terminó y las restricciones y dificultades continuaron, el país temía una revolución. En estas circunstancias, el Reino Unido adoptó finalmente una auténtica política energética, que se amplió posteriormente y que se basó en dos ejes.

El primero consistía en una mayor intervención del Estado: durante el conflicto, se pretendía fomentar el ahorro de energía, racionar el consumo e incluso tomar el control de las minas del país a partir de 1917. El periodo de entreguerras puede considerarse como una lenta toma de conciencia de esta crisis, que condujo al control de los precios en 1930 y a la nacionalización efectiva en 1946. Sin embargo, se

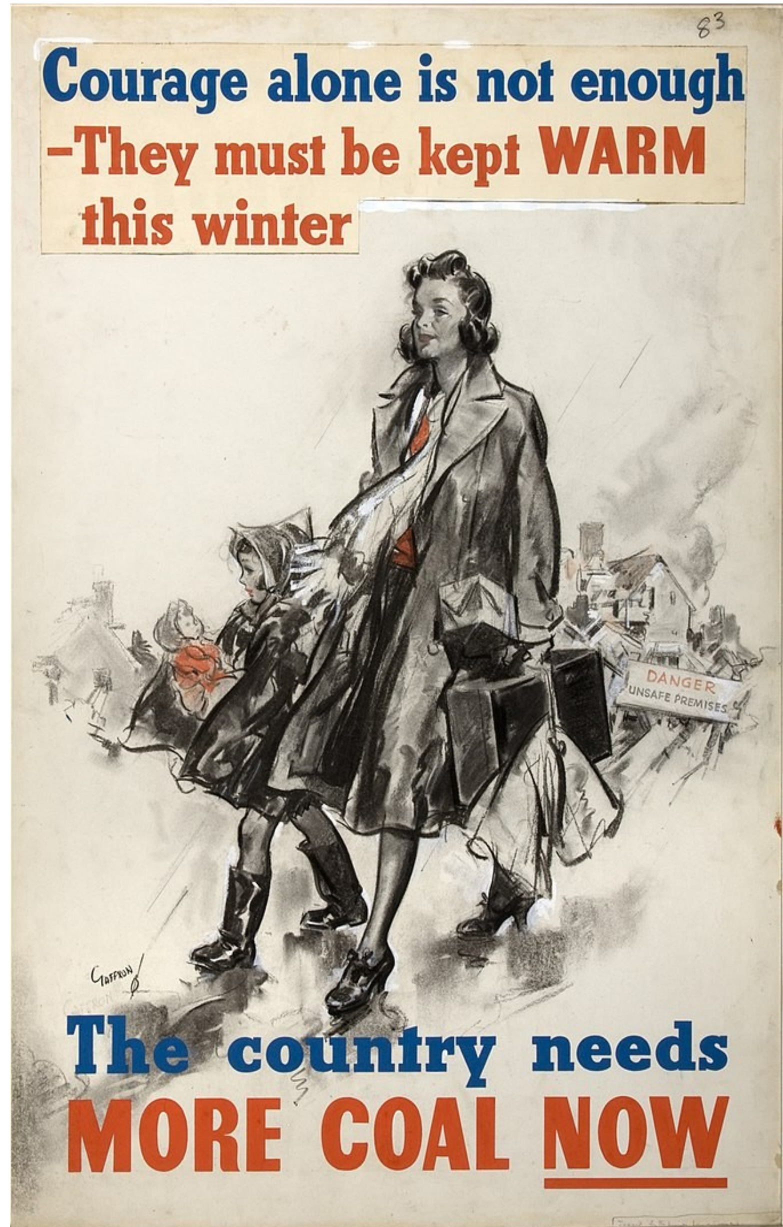
1 Fredrik Albritton Jonsson, « The Coal Question Before Jevons », *The Historical Journal*, février 2020, vol. 63, n° 1, p. 107-126.

2 Algunas cocinas quemaban hasta 50 kg de carbón al día, mientras que las chimeneas abiertas, de uso universal, sólo emitían a las habitaciones una cuarta parte del valor calórico del combustible como calor útil.

3 Royal Commission on Coal Suppplies, *Final Report*, London, HMSO, 1905, § 69.

trataba de un intento de restaurar una industria que se había hundido y de remediar los conflictos sociales que la afectaban, no de regular la gestión de los recursos y evitar la escasez.

Ese es más bien el papel de la otra parte de la política que se está poniendo en marcha gradualmente, que busca mejorar el uso del carbón y fomentar su buena gestión mediante la investigación y la innovación científica. Esta nueva prioridad de la acción pública se plasmó en la Junta de Investigación de Combustibles, creada en 1917, que tenía dos ambiciones principales: La más importante, que ocupó a esta organización hasta bien entrada la Segunda Guerra Mundial, consistió en la instalación de laboratorios en las principales cuencas mineras y en la clasificación y análisis de los diferentes tipos de carbón que podían encontrarse en ellas para determinar los usos a los que eran más adecuados; La segunda, que se llevó a cabo principalmente en una Estación de Investigación de Combustibles creada en 1919 en East Greenwich, trató de resolver los problemas técnicos que obstaculizaban la transformación del carbón bruto contaminante en combustibles aparentemente más limpios y en subproductos valiosos –benzol, alquitrán, amoníaco e incluso petróleo– que permitieran optimizar los recursos del país.



Cada vez se trata de llegar a pensar en la comercialización de esos procesos o productos, para hacer viables esas potenciales industrias, un reto que no siempre se cumple, por ejemplo en el caso del petróleo procedente de la licuefacción del carbón. El objetivo es doble, ya que por un lado se quiere reducir el despilfarro, tanto en la producción como en el consumo, para hacer sostenibles los recursos, y por otro defender la independencia energética del país, basada esencialmente en el carbón.

Las minas de carbón apoyaron con entusiasmo estas políticas, al tiempo que se impacientaban por la lentitud de la investigación científica. Para defender una industria maltrecha, se trató de fomentar el consumo de carbón, pero de forma sensata –se formó a vendedores especializados para que aconsejaran sobre la variedad más adecuada para un uso determinado y sobre lo que había que hacer para evitar el despilfarro– y en forma de productos transformados, sobre todo semicoques, más eficaces y menos

humeantes. Sin embargo, aunque el carbón sigue siendo el combustible más barato en general, en comparación con el gas o la electricidad, estos productos procesados son caros y a veces tienen dificultades para ser aceptados. Estas consideraciones sobre la preservación a largo plazo de los recursos nacionales no están, por tanto, desconectadas de las vinculadas, a más corto plazo, a los retos del acceso equitativo y generalizado a las fuentes de energía.

Carencias locales y pobreza energética

Evidentemente, la pobreza energética no es un fenómeno nuevo. Probablemente se exprese en una nueva forma en la era del carbón, por las razones expuestas anteriormente. Es difícil para un habitante de la ciudad que compra combustible a un comerciante encontrar alternativas cuando los precios suben tanto que son inasequibles. Las clases trabajadoras victorianas lo atestiguan, recordando constantemente su miedo a la falta de carbón y su temor al frío. Es sorprendente ver cómo, en este país de abundancia energética, la pobreza energética es una realidad. Aunque la compra de combustible sólo representa alrededor del 5-6% de los presupuestos, se trata de un porcentaje que no permite un verdadero confort térmico en periodos normales, y da lugar a situaciones de verdadera angustia cuando los costes son demasiado elevados.

El año 1873 es revelador en este sentido. Fue la época de la peor «hambruna del carbón» del siglo: una espectacular subida de los precios del carbón, que se triplicaron entre 1871 y los primeros meses de 1873. La preocupación del pueblo británico menos favorecido fue inmensa y se reflejó en numerosas manifestaciones de indignación (*indignation meetings*), denunciando a los acaparadores, a los propietarios de las minas o la inacción del gobierno. No había escasez de carbón, sólo que se estaba volviendo inasequible para algunas personas, lo que provocaba terribles sufrimientos: los médicos de la época hablaban del exceso de mortalidad causado por el frío, y del hecho de que algunos habitantes pobres de Edimburgo, por ejemplo, ya no podían permitirse cocinar su comida…

Para el gobierno, así como para la comisión parlamentaria encargada del asunto, la solución era sencilla: dejar que el mecanismo de mercado funcionara y todo volvería a la normalidad; de hecho, esto es lo que ocurrió al final, cuando los precios cayeron en el otoño de 1873. Las razones del aumento fueron, según los dirigentes del país, un efecto tijera (una caída temporal de la producción británica y una fuerte demanda internacional), pero también la irracionalidad de las masas, que aumentaron su sufrimiento al querer comprar carbón de forma demasiado masiva por miedo a la escasez, agravando la presión inflacionista y distorsionando el funcionamiento natural del mercado. Pero está claro que para algunos de los más pobres ya no basta con aceptar estas explicaciones y no hacer nada. El carbón forma parte de lo que E.P. Thompson ha llamado una economía moral[4]: es una necesidad básica, cuya falta, y la denuncia de los beneficios indebidos que algunos obtendrían de esta situación, conllevan una carga moral muy fuerte. En consecuencia, el carbón no puede dejarse sólo en manos del mercado; su precio y su distribución deben estar sujetos a la intervención del Estado: han resurgido propuestas de nacionalización de la industria del carbón[5].

---

4 E. P. Thompson, « The Moral Economy Reviewed », *Customs in Common*, Londres, Penguin, 1993 [1991], et Didier Fassin, « Les « économies morales revisitées », *Annales. Histoire, Sciences sociales*, 2009, vol. 64, n° 6.

5 Los debates actuales en torno a la determinación de los precios de la electricidad por parte de EDF no son fundamentalmente distintos.

Esta intervención pública parece todavía más necesaria en la medida en que este pánico nacional se sitúa en la encrucijada de las dos temporalidades que he mencionado: una preocupación a corto plazo que se alimenta de la angustia de una escasez general anclada en el largo plazo y reavivada por la obra de Stanley Jevons. ¿Ha llegado el momento del declive? Las reflexiones provocadas por esta situación son especialmente interesantes cuando intentan responder a tales desafíos. Paradójicamente, apuntan a los beneficios de los altos precios del carbón, que son la única forma de romper la paradoja en la que se ha visto atrapado el país: los bajos precios aseguran su supremacía, pero conducen a un consumo excesivo del recurso, acelerando el agotamiento de las reservas y, por tanto, la llegada del declive.

Por lo que sé, las primeras propuestas de un impuesto sobre el carbono se hicieron en respuesta a esto, en particular por los lectores del *Colliery Guardian*, el periódico de la industria del carbón y la metalurgia, y del *Times*. Pero fue Sir Rowland Hill, una vieja luminaria victoriana, quien formalizó la idea en 1873 ante la Sociedad de Estadística de Londres: la idea era gravar el carbón para mantener los precios altos, pero hacerlo de forma que el impuesto sustituyera parcial o totalmente a otros impuestos directos o indirectos para no penalizar indebidamente a la población más pobre[6].

Se prestó poca atención a esta sugerencia, que fue objeto de burla y olvido. Sólo el *London Quarterly Review* se lo tomó en serio y decidió comprobar su relevancia. En él se encuestó a una veintena de familias del barrio obrero de Marylebone, en Londres, y se concluyó que las ideas de Rowland Hill eran inaplicables. Los más pobres ya pagan pocos o ningún impuesto: la subida de los precios de la energía no se compensaría con una reducción de otros impuestos. Además, según el periodista, serían incapaces (por falta de medios y educación) de aplicar medidas de ahorro en casa. El impuesto sobre el carbono, en esta forma, sería por tanto injusto e ineficaz[7]…

¿Prescindir de los fósiles?

La escasez local y ocasional de carbón, que afecta tan gravemente a ciertas partes de la población británica, así como las inquietudes más difusas sobre el agotamiento de las reservas nacionales, hacen que la dependencia del país de este recurso sea muy acusada. Por ello, los científicos empezaron a pensar en posibles alternativas, como hizo el Gremio Científico Británico, liderado por el Premio Nobel de Química Sir William Ramsay, que publicó un libro en 1912 en el que revisaba las fuentes de energía naturales disponibles en el país[8]. La respuesta de los expertos fue claramente pesimista: no había sustituto para el carbón y había que hacer todo lo posible para salvar este precioso recurso. Hay que decir que pensaban en términos de equivalencia absoluta, que buscaban una energía que pudiera sustituir por completo al carbón: de hecho, nada podría ofrecer las mismas ventajas (caloríficas, económicas, prácticas) que el carbón para el Reino Unido: ninguna energía es tan abundante, densa y barata en el territorio nacional.

Deberían haberse buscado alternativas no a la fuente en sí, sino al sistema general que se ha organizado en torno a ella. Porque es todo un país el que se organiza en torno a esta energía. Como combustible, el carbón alimentaba las fábricas, los ferrocarriles y los barcos de vapor. Por tanto, alteró profundamente

6 Sir Rowland Hill, « High Price of Coal. Suggestions for Neutralising its Evils », *Journal of the Statistical Society of London*, décembre 1873, vol. 36, n° 2, p. 565-579.

7 « Coal », *London Quarterly Review*, avril 1874.

8 British Science Guild/William Ramsay (dir.), *Natural Sources of Energy*, Londres, Burt & Sons, v. 1912.

la relación con el mundo, con el tiempo y con el espacio. Los interiores domésticos dependieron de ella casi exclusivamente hasta el último tercio del siglo XIX. El gas, derivado del carbón, iluminaba las calles, luego alimentaba algunas cocinas; en la década de 1880, la electricidad hizo su aparición en algunas ciudades. Sin embargo, incluso después de la Gran Guerra, el carbón siguió siendo dominante: las minas tuvieron que defender su lugar, y algunos campos fueron conquistados, no sin dificultad, por sus competidores (la iluminación por la electricidad, la cocina por el gas, los motores de combustión interna por la gasolina); pero siguió siendo el método preferido de calefacción con diferencia, mientras que la química orgánica lo utilizó masivamente en la producción de tintes, perfumes, alquitrán, medicamentos, parafina, etc.

Atacar el carbón es, por tanto, criticar la civilización a la que da lugar, que es lo que algunos intelectuales hacen más claramente cuando señalan el coste excesivo de esta dependencia energética. Aunque no todos fueron tan lejos como John Ruskin, que condenó el mundo industrial en su conjunto y propuso una vuelta a una fantástica Edad Media[9], se unieron en la denuncia de William Morris del lugar desproporcionado del carbón en la sociedad de su tiempo y de su consumo excesivo[10].

En el periodo de entreguerras, estas críticas se multiplicaron: en *Technics and Civilization*, 1934, Lewis Mumford trazó un retrato intransigente del periodo que denominó «paleotécnico», caracterizado por su contaminación, su desprecio por el mundo natural, su consumismo y su fealdad[11]. Hay muchas razones por las que estas voces han sido tan poco escuchadas. En primer lugar, siguen siendo escasas, aunque provengan de personalidades influyentes. También había muchos obstáculos técnicos, económicos, sociales e incluso políticos: era todo un mundo organizado en torno a este combustible que había que transformar. El carbón, y más tarde el petróleo, ofrecían un poder energético del que cabía esperar cierta abundancia a largo plazo, y del que era difícil ver cómo podríamos prescindir.

Todos estos son argumentos que se siguen esgrimiendo hoy en día. Creo que hay uno que ha pasado demasiado desapercibido: el poder imaginario que acompañó al inicio de la era industrial y que todavía configura nuestra relación con el mundo. Con el uso masivo de combustibles fósiles, las sociedades occidentales encontraron los medios concretos para transformar el mundo con una velocidad y a una escala que no tenía equivalente en el pasado. La fe en el progreso que ha hecho posible esta abundancia de energía, respaldada por avances reales en cuanto a la comprensión del mundo, la medicina, la abundancia material (de algunos al menos), y el aumento de la esperanza de vida, esconde el lado oscuro de estos trastornos, que afectan profundamente al medio ambiente y a los cuerpos.

A partir de entonces, la idea de una equivalencia entre el consumo de energía y el nivel de civilización se fue imponiendo a lo largo del siglo XIX: el carbón se presentaba como «el gran civilizador», especialmente en el *Times*, que en 1913 indicaba que el aumento de su consumo se correspondía con el aumento del nivel de civilización de una nación[12]. Esta intuición fue teorizada en 1943 por el antropólogo estadounidense Leslie White, para quien «en igualdad de condiciones, el nivel de

9 Toda la obra de Ruskin está impregnada de esta. Ver por ejemplo John Ruskin, *Fors Clavigera. Letters to the Workmen and Labourers of Great Britain*, 2 avril 1873, vol. 3, Lettre 29 : « La Douce Amie », dans E.T. Cook et Alexander Wedderburn (éd.), *The Complete Works of John Ruskin*, Londres, Allen, 1907, vol. 27, p. 527.

10 William Morris, conferencia de 1888 en Coatland, citado por J. Bruce Glasier, *William Morris and the Early Days of the Socialist Movement*, Londres, Longmans, Green & Co., 1921, p. 81-82.

11 Lewis Mumford, *Technics and Civilization*, Londres, Routledge, 1955 [1934].

12 « Consumption of Coal », *The Times*, « Fuel Number », 1 diciembre 1913, p. 22.

desarrollo cultural está directamente correlacionado con la cantidad de energía per cápita puesta a disposición y utilizada cada año»[13]; en este contexto, la máquina de vapor es el elemento central de la transición de la barbarie a la civilización... No hemos dejado atrás este imaginario: los llamamientos a la sobriedad energética chocan todavía hoy con el temor a una vuelta a épocas oscuras.

Realización de un regicidio energético

El advenimiento del Rey Carbón en el siglo XIX –el inicio del reinado de los combustibles fósiles– va acompañado, pues, de una relación singular con la energía y, paradójicamente, aumenta el temor a la escasez, ya sea general y a largo plazo o localizada y a corto plazo. Para entenderlo mejor, podríamos aplicar al presente caso la famosa teorización realizada por Ernst Kantorowicz en 1957, que distingue los dos cuerpos del rey[14].

Por un lado, está el cuerpo real, esa masa negra y sucia acumulada durante miles de años en las entrañas de la tierra; por otro, el cuerpo simbólico, el del Rey con su «majestad» mayúscula, es decir, el poder sobre el mundo, la abundancia, la huida –se creía entonces– de las limitaciones naturales, posible gracias al recurso a los fósiles, y al carbón en primer lugar. Durante mucho tiempo, la gente temió la muerte del rey –el agotamiento de las reservas– y su yugo tiránico –el sufrimiento que impone cuando es menos pródigo con sus obsequios–.

Hoy es un regicidio que hay que cometer y para el que el planeta, aunque torpemente, se está preparando desde los Acuerdos de París y su objetivo de cero emisiones netas de carbono para 2050. Pero estos esfuerzos serán en vano mientras el Rey no esté muerto: este deseo de poder, esta sed de control sobre el mundo, esta ilusión de progreso infinito desafiando los límites naturales, que tan bien se encarna en los combustibles fósiles, nació con ellos, y persiste en dirigir nuestra imaginación y nuestras formas de vida. Es necesario que nos convenzamos de que estamos cegados por el brillo del Rey y sus falaces promesas. Ya no es a la comodidad a la que nos invita, sino a un desenfreno energético que sólo corresponde a una parte de la humanidad y que está destruyendo el mundo, mientras la otra asiste, despojada, al banquete de los ricos.

Octubre 2022.
<https://www.terrestres.org/2022/09/22/face-aux-penuries-denergies-fossiles/>

13 Leslie White, « Energy and the Evolution of Culture », *American Anthropologist*, 1943, vol. 45, n° 3, p. 335-356.
14 Ernst Kantorowicz, *The King's Two Bodies*, Princeton, Princeton University Press, 1957.